

nuestro trabajo es superior y por supuesto eso no nos cuadra. Todavía hay parcelas de la vida en las que los sueños, las ilusiones, los ideales, la ética, no sólo deberían ser posibles, sino que habrían de serlo. Pervertir la literatura, el libro, es pervertir uno de los últimos reductos que aún mantenemos vivos entre los restos de lo que hoy llamamos eufemísticamente *civilización*. Sin un examen de conciencia global, caminamos hacia la vulgarización y la deshumanización de ese contacto autor-público.

Las charlas en colegios se están convirtiendo en algo peligroso, y es triste. Bastante difícil es ya conseguir que los escolares lean y no vean al libro como un enemigo aburrido. Hoy van en aumento los alumnos de colegios en los que ha dejado de percibirse el tono de expectación e interés óptimos ante la visita de un autor, porque a fin de cuentas es el *responsable* del libro que les han obligado a leer. Y no todo consiste en dar una charla y adiós. La responsabilidad es otra, y es colectiva. En el otro lado del espectro no faltan colegios que no toleran esas actividades, por creer que son una injerencia de las editoriales o de los propios escritores que van a *venderse*, privando a sus alumnos de ese contacto autor-lector. Una problemática variada en todas direcciones y que tiende a empeorar, por desgracia. Los alumnos cambian de año en año, pero la caída en todos los órdenes ha sido implacable, y las diferencias se hacen cada día más acusadas.

Escritores, editores y colegios no podemos vivir al día en este campo tan concreto. No es lógico. Escritores, editores y colegios estamos trabajando para el mañana, siempre, generación a generación, lo queramos o no, y no se trata de ponernos una carga sobre los hombros. Individualmente nadie es en apariencia responsable de nada, bueno o malo, pero colectivamente sí. El nuestro no es un *oficio* normal, aunque todos queramos vivir de él. Claro que esto, como todo este artículo, puede que no sea más que una opinión. ■

* **Jordi Sierra i Fabra** es escritor.
Fotos cedidas por el autor.

Literatura y escuela

por **Jaume Cela***

Últimamente han aparecido en esta revista algunos artículos —incluso un editorial— comentando las visitas de escritores y escritoras a las escuelas con el fin de motivar la lectura.

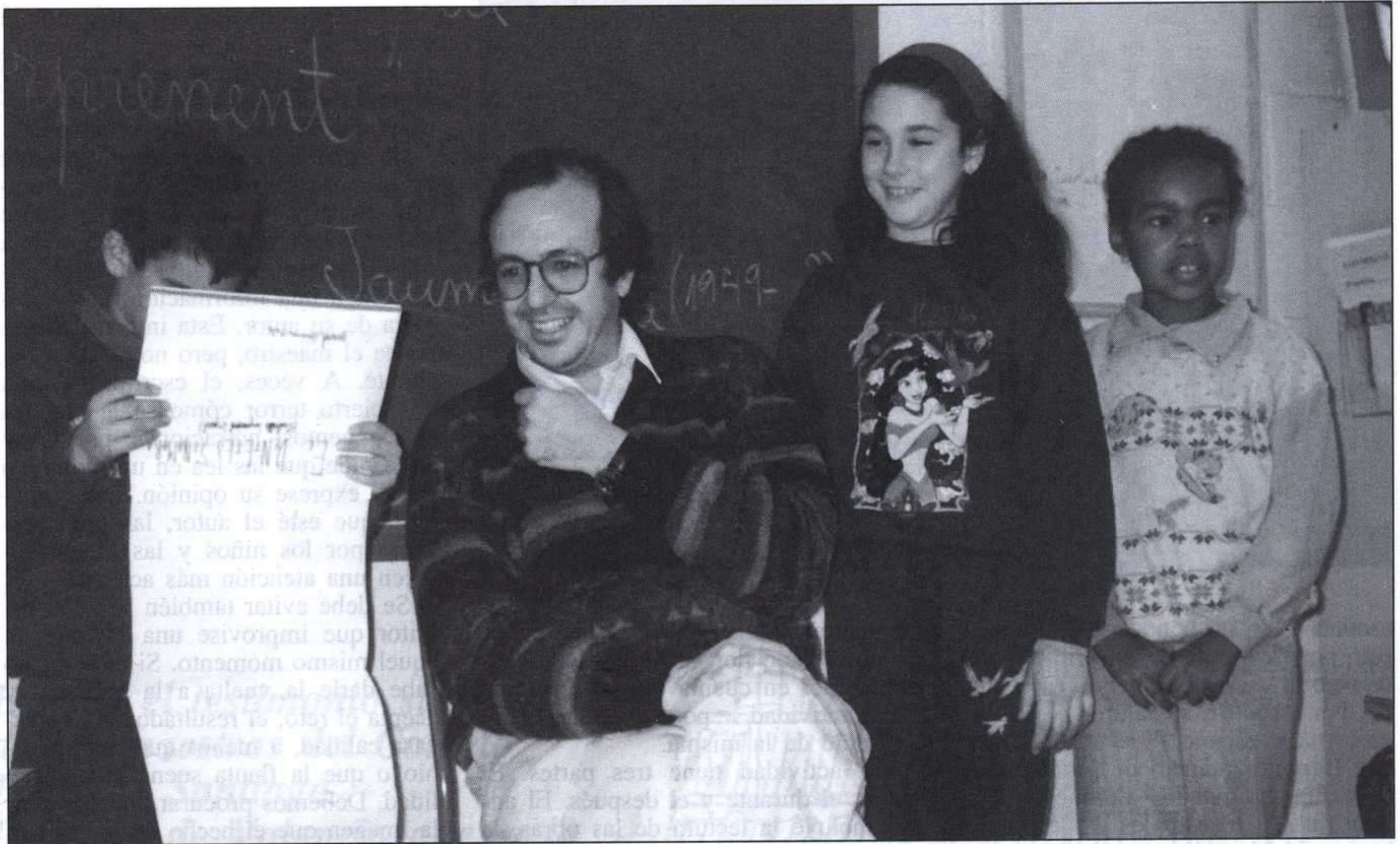
Esta actividad empezó a generalizarse hace ya bastantes años y tal vez sea hora de hacer un balance de los resultados. Mi doble condición de maestro y escritor me permite aproximarme a esta cuestión desde las dos perspectivas, y este artículo es fruto de la confluencia de estas dos realidades.

Estoy convencido de que este tipo de actividades siempre resultan estimulantes y positivas, tanto si las analizamos desde el ángulo de los alumnos y alumnas que reciben la visita de un escritor o una escritora, como desde la visión de los visitantes.

Conectar con el público lector

Los visitantes tienen la oportunidad de conectar con su público. Un libro se escribe, al menos ésta es mi intención cuando me atrevo a explicar





aquello que me hierve en la cabeza, para ser leído. Un libro adquiere su máximo sentido cuando llega a manos del lector, y tener la oportunidad de conocer lo que este lector opina resulta enriquecedor. A menudo me ha sorprendido la interpretación que ha dado un lector o una lectora de alguna de mis obras. Además, el público infantil y juvenil acostumbra a ser más desinhibido y te dan su opinión con un grado de sinceridad que debemos agradecer. Los visitados tienen la oportunidad de contrastar con el autor sus conclusiones, a la vez que desmitifican la figura del escritor o de la escritora. Descubren, por ejemplo, que la mayoría de los escritores no nadan en la abundancia, que escribir no siempre es un camino de rosas, que eso de la inspiración no es otra cosa que un fogonazo inesperado que se apaga si no existe un trabajo posterior, que sudan, que pueden estar resfriados, que viajan en metro, que les

cae el cabello, que tienen aficiones vulgares como cualquier mortal, que no todos son del mismo equipo de fútbol, incluso algunos no están interesados por el rey de los deportes, etcétera, etcétera. Y, no quisiera olvidarlo, que no todos están muertos.

Ahora bien, que la visita sea estimulante no significa que no debamos plantearnos algunos puntos para que resulte lo más positiva posible. A veces he tenido la impresión que la actividad es como una naranja a la que se le ha exprimido unas gotas de jugo cuando podría haberse llenado un vaso entero.

¿Quién debe exprimir esta naranja? La respuesta es muy sencilla: el maestro o la maestra, que es el responsable de organizar la actividad.

El papel del maestro o de la maestra es, como casi siempre, de una importancia primordial. La mayoría de veces que he visitado escuelas me he encontrado con educadores y educa-

doras que no han dimitido de su responsabilidad y que han dirigido la actividad con guante blanco y, en estas ocasiones, he tenido la sensación de que el vaso se ha llenado a rebosar. Otras veces, las menos, afortunadamente, he pasado malos momentos, porque el responsable de la clase entiende que esta actividad le sitúa en un segundo plano, incluso puede llegar a desaparecer, como si se tratara de una hora de sustitución de sus funciones o de descanso.

Preparación de la visita

Hecha esta afirmación, quiero exponer brevemente algunas consideraciones que deben tenerse en cuenta para que el proceso y el resultado final de la actividad lleguen a buen puerto.

El maestro o la maestra deben conocer la obra del autor que visita la



escuela y deben conocerla a fondo, y esto por tres motivos. El primero, por respeto al escritor visitante. El segundo, por respeto a sus alumnos y alumnas, y a sí mismo. Y el tercero, porque la mejor manera de promocionar la lectura es que los alumnos descubran que su maestro es un lector, un lector apasionado que conoce las obras dirigidas al público que pretende educar. Influye más en el fomento de la lectura la conversación informal sobre un libro a la hora del recreo, sentados en un rincón cualquiera del patio, que todas las fichas de control que puedan responderse, por bien ideadas que estén. Influye más en el fomento de la lectura ver aparecer diariamente al maestro con el periódico debajo del brazo, que todos los consejos que no se respaldan con el ejemplo. Influye más en el fomento de la lectura ver que el maestro lee en los ratos de biblioteca, que verlo destinar este tiempo a corregir los ejercicios de clase. ¿Cómo podemos potenciar el hábito lector si confesamos explícita o implícitamente que no disponemos de tiempo para leer? Si el maestro esgrime esta escasez de tiempo para justificar el desconocimiento de las obras que leen sus alumnos, debe admitir también que éstos no lean por el mismo motivo.

El maestro debe presentar al autor,

demostrar que conoce su obra, que se ha interesado por su biografía. Debemos tener en cuenta que el resultado de la actividad se pone en juego desde el inicio de la misma.

La actividad tiene tres partes. El antes, el durante y el después. El antes incluye la lectura de las obras, la discusión en clase, las posibles comparaciones con otras obras y autores, etcétera, y la preparación del *durante*. En el durante se acostumbra a formular un cuestionario que debe responder el autor. Algunas veces, con más buena fe que pedagogía, no se han revisado las preguntas. Todos tienen ilusión por dejar sentir su voz, todos desean preguntar algo, pero esto no significa que el maestro no deba revisar previamente las cuestiones que se quieran plantear. Suprimir las preguntas repetidas, formularlas de otra manera, agruparlas en torno a ejes que permitan la variedad, son aspectos que no deben olvidarse en aras de una defensa, a mi parecer mal entendida, de la espontaneidad. Los alumnos y las alumnas están muy acostumbrados a responder y debemos enseñarles también a preguntar.

Recoger los frutos

En el planteamiento de la actividad

debe tenerse en cuenta cuál será la continuación de la misma. El *después* se puede materializar de formas muy diversas, que responderán a los objetivos que la clase se haya marcado.

Se debe evitar convertir al visitante en juez de los trabajos de los alumnos, puesto que dar la opinión sobre un texto escrito por un niño o una niña requiere que quien emite el juicio tenga una información muy completa de su autor. Esta información la posee el maestro, pero no el autor visitante. A veces, el escritor observa con cierto terror cómo se le entierra entre cuentos, narraciones, poesías y se le pide que las lea en un momento y que exprese su opinión. Por preparado que esté el autor, las obras escritas por los niños y las niñas merecen una atención más acusada.

Se debe evitar también pedir al escritor que improvise una historia en aquel mismo momento. Si el autor no sabe darle la vuelta a la pregunta y acepta el reto, el resultado será de escasa calidad, a menos que sea un genio o que la flauta suene por casualidad. Debemos procurar no transmitir la imagen que el hecho de escribir es fruto de la improvisación. Más vale pedir que el escritor explicita cómo elabora una historia, qué elementos tiene en cuenta en el proceso que lleva al libro y cuáles rechaza, cómo se organiza, etc., que pedirle un producto acabado.

Quisiera terminar estos comentarios insistiendo en el hecho de que esta actividad me parece muy interesante y que debe ser mantenida y ampliada, pero teniendo presente que el maestro o la maestra deben desempeñar un papel activo, como siempre, para que la naranja quede seca como las momias del antiguo Egipto.

Y una última consideración. Acostumbran a visitar las escuelas escritores y escritoras de todos los géneros literarios y también ilustradores e ilustradoras. ¿Cuándo llegará la hora de los editores o las editoras? Ellos y ellas son fundamentales en el mundo del libro. ■

* **Jaume Cela** es profesor y escritor.
Fotos cedidas por el autor.